



<https://climacom.mudancasclimaticas.net.br/el-nombre/>

El nombre de la tierra

Daniela Elisa Alvarez[1]

RESUMEN: No conocemos el nombre de la tierra pero la nombramos. Y en ese nombrar se instalan relaciones de poder y de fuerza. En este ensayo indagamos en los nombres que le damos a la tierra y sus implicancias políticas. Planteamos el problema del nombre propio ligado al estatus de persona. La persona, en tanto dispositivo jurídico, aparece como una máscara y el nombre como su representación. Mencionamos los intentos por personificar a la tierra nombrándola con mayúscula. Estas propuestas se contraponen con los nombres telúricos en minúscula que nos llegan de los feminismos, de los ecofeminismos y del pensamiento amerindio. Este ensayo es una invitación a reflexionar cómo la tierra con minúscula nos instala frente a otro tipo de amabilidad lingüística y relacional, trasladándonos de una política de la representación a una política de la presencia. Prescindir de la mayúscula es un pequeño desvío para poder entonar otros estribillos, como pretende esta convocatoria. Es la confluencia para poder pensar la educación ambiental más allá de la toma de conciencia. Es la apertura a la experiencia, al encuentro y a la materialidad de los cuerpos.

PALABRAS CLAVE: Nombre. Persona. Tierra. Minúscula. Política.

O nome da terra

RESUMO: Não sabemos o nome da terra, mas damos-lhe um nome. E nessa nomeação se estabelecem relações de poder e força. Neste ensaio investigamos os nomes que damos à terra e suas implicações políticas. Levantamos o problema do nome próprio ligado ao estatuto de pessoa. A pessoa, como dispositivo jurídico, aparece como máscara e o nome como sua representação.



Mencionamos as tentativas de personificar a terra nomeando-a com letra maiúscula. Estas propostas contrastam com os nomes telúricos minúsculos que nos chegam dos feminismos, dos ecofeminismos e do pensamento ameríndio. Este ensaio é um convite à reflexão sobre como a terra minúscula nos coloca diante de outro tipo de amabilidade linguística e relacional, movendo-nos de uma política de representação para uma política de presença. Dispensar a letra maiúscula é um pequeno desvio para poder cantar outros refrões, como pretende esta chamada. É a confluência para poder pensar a educação ambiental para além da conscientização. É a abertura à experiência, ao encontro e à materialidade dos corpos.

PALAVRAS-CHAVE: Nome. Pessoa. Terra. Minúsculas. Política.

Introducción

Una lengua de las minúsculas
que se vuelve sismógrafa de esos temblores
que provocan algunas prácticas de (des)saber
abriendo una variación en el umbral de percepción.
(val flores, 2021)

La tierra ha sido nombrada de múltiples maneras. Physis, Natura, Tao, Gea, Gaia, Pachamama, Abya Yala. Refiere al polvo y al Globo, al humus y al Planeta, al barro y al Mundo. Es dadora de vida y recipiente de muerte. Nutre y devasta. Cobija y azota. Fue y sigue siendo: inspiración de poetas, desvelo de científicos, admiración de sabios, rechazo de necios, promesa de terrícolas y amenaza de transhumanos. Lo sublime y lo siniestro, lo familiar y lo incierto. Todo y nada de todo. Siguiendo la pista nietzscheana de que todo concepto es metáfora y que toda metáfora es política, este ensayo propone transvalorar la mayúscula y la minúscula preguntándose ¿cómo nombrar la singularidad de lo inconmensurable?, ¿qué misterios esconde la reificación y la personificación?, ¿cómo apresar en un concepto la irreductibilidad de lo sagrado? O en otras palabras: ¿cuál es el nombre de la tierra?



La persona y su nombre

Nombrar no es decir lo verdadero
sino conferir a lo nombrado el poder
de hacernos sentir y pensar
en el modo en el que el nombre llama.
(Isabelle Stengers, 2017)

No es de extrañar que occidente necesite personificar a la tierra. Es una necesidad que surge del personalismo vinculado al derecho y al derecho como fuente última de salvación. La persona fue desde el Imperio Romano un dispositivo que separó un grupo de humanos, vivos o muertos, y los contrapuso al resto de los existentes, ahora cosas. El hijo era cosa, el esclavo era cosa. De ahí que el parricidio fuera tenido por crimen increíble, una cosa matando a una persona, un hecho tanto inadmisibles como inasimilables (Thomas, 1999). Un hijo vivo, cosa. Sin embargo, un padre muerto, en tanto persona, vivía y podía legar su herencia. Pervivía en la muerte con el disfraz de la persona.

La noción de persona también fue tomada por la filosofía cristiana. Agustín de Hipona se sirvió del concepto para explicar el dogma trinitario. Es una esencia y tres personas, *prósopa*, Padre, Hijo y Espíritu. Tres antifaces y un Dios (Agustín, 1956). Y el humano, en tanto imagen y semejanza de este último, adquiere también la investidura de la persona junto con su sacralidad e inalienabilidad.

Los Estados Modernos fueron los garantes de los derechos de las personas prescindiendo de su carácter sagrado. La inestabilidad del concepto quedó al descubierto con los genocidios varios, y no solo los perpetrados en el corazón de Europa. Ante la precaria protección que presta la máscara (*prósopon*) los personalistas del siglo XX, emparchando el lado oscuro de la razón burguesa, declararon los derechos humanos basándose en ese mismo concepto endeble, restaurando su sacralidad perdida en la modernidad secularizada. Los Derechos Humanos son derechos personales. Sin la máscara, corre riesgo la vida.

Ya sea Dios o los Estados, nacionales y transnacionales, los que garanticen los derechos, la persona sigue siendo una representación siempre incompleta. Un antifaz, un número de identidad, un nombre propio. El nombre es un atributo de la personalidad. El nombre identifica, individualiza. Representa la identidad permitiendo controlarla, apropiarla, abolirla. El Código Civil y Comercial



Argentino, en la Ley 26.994, art. 62, nos recuerda que la persona humana tiene el derecho y el deber de usar el nombre que le corresponde. Puedo cambiar de nombre, pero no prescindir de un nombre.

¿Soy, acaso, mi nombre? ¿Es el nombre una representación del yo o evoca su presencia? ¿Cuáles son las consecuencias políticas del nombrar? ¿Qué implica nombrar a la descendencia, a un animal de compañía, a una planta, a un hogar?. Cuándo a un “bien” le adoso mi nombre, ¿se convierte en “mi” bien?. Cuándo nombro, ¿me adueño de lo nombrado? ¿Es el nombre garantía de inmunidad? ¿Es el anonimato sinónimo de libertad?

Nombrar es un ejercicio de poder, son los amos los que nombran y los que identifican al otro como objeto. La potencia del nombrar tiene una voluntad genitiva que genera dependencia e insufle posesión. Nombres, apellidos, patronímicos, de una u otra forma aluden a la preposición “de”. Álvarez o de Álvaro, Ivanovich o de Iván, MacArthur o de Arturo, Anderson o de Andrés. Sin nombre no hay dueño, ¿sin dueño no hay nombre? ¿Habremos de adueñarnos de nosotros mismos para no caer en la inseguridad del anonimato ni en la dominación de la nomenclatura?

Los faraones egipcios ocultaban su verdadero nombre a fin evitar todo rito de execración, donde un nombre era escrito en un tablilla que luego sería destruida provocando miserias a los cuerpos nombrados. Sabiendo el nombre de alguien lo puedo bendecir y maldecir, porque ese alguien es su nombre. ¿Cuál es el nombre de Dios? Nadie lo sabe. Yahveh, Elohim, Adonaí son solo alias que no llegan a rozar su realidad. ¿Qué ocurriría si pudiéramos nombrar a Dios? ¿Se volvería nuestra propiedad? Y en el caso de la tierra, ¿qué derroteros recorren sus nombres?

La Tierra con mayúscula

Entonces no diremos que los terrestres están en la tierra,
nombre común
sino con Tierra o con Gaia,
nombres propios.
(Bruno Latour, 2022)

Durante siglos predominó la *Natura*, traducción latina de la *Physis* griega. Una naturaleza que no se reducía a las mariposas y a los prados, sino que comprendía la totalidad inmanente de los



existentes. Una naturaleza entendida por Aristóteles (Física, 193a-193b) como la materia primera que es sustrato de las cosas, las cuales poseen en sí mismas el origen del movimiento y del cambio. Una naturaleza que es tanto materia como forma, que opera como fundamento último de la realidad y como justificación incuestionable. La naturaleza era la norma; lo antinatural, lo monstruoso.

La naturaleza bíblica, por su parte, es creación divina y, por tanto, sagrada. Es por y para el humano. Este la recibe a modo de préstamo y tiene el deber de cuidarla de la manera más paternalista posible. La dignidad humana está por sobre las demás dignidades, puesto que el humano es imagen y semejanza de lo alto. Vemos resumida esta postura en la encíclica *Laudato Si*, donde los problemas ambientales cobran relevancia cuando se tornan problemas sociales. Donde el humano es el encargado del cuidado. Donde “el medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos.” (p. 75).

Las pretensiones de la ciencia moderna convirtieron finalmente a la naturaleza en un objeto. Una cosa extensa, diría Descartes, quien exilió a los cuerpos del terreno espiritual, racional y subjetivo. Del objeto se pasó al recurso y del recurso a la mercancía con valor de intercambio y ya no hubo límite para su consumo, saqueo y depredación. La búsqueda de explicaciones universales y teorías totalizantes ya no se interesaba en la naturaleza-objeto sino en el Mundo, el Planeta y el Globo. La naturaleza-recurso hacía las veces de estación de servicio, la naturaleza-mercancía las veces de fetiche. La naturaleza ya no era la *Physis*, ni la *Natura*, ni las huellas de Dios, como creían Francisco de Asís y San Buenaventura. Se la escindió del humano como quien desenraiza la maleza, siendo insuficientes los intentos del Romanticismo por redimir su esplendor. Para Descartes era una máquina, para Alexander von Humbolt un organismo vivo al que llamó *Cosmos*. Quedó boyando, así, en el limbo de las posturas mecanicistas y vitalistas, ambas dualistas.

Hoy en día, la Tierra misma no basta. Para cubrir las necesidades mínimas de la población humana ni con cinco tierras sería suficiente. Se secan los lagos, se contaminan los ríos y agonizan los mares. Se apagan las vidas, perecen especies, se queman humedales. El aire es asfixiante en las grandes ciudades. Seguir con la lista solo generaría incomodidades. Y lo que se pretende no es incomodar sino atender. Prestar atención a los nombres de la tierra. Porque cada nombre remite a uno de sus amos.



Desde el ambientalismo superficial, el Ambiente opera como dispositivo salvífico. No es el medio ambiente, sino el Ambiente completo, con mayúscula. Un Ambiente que no llega a ser persona pero sí un bien personal digno de cuidado. El humano-persona tiene derecho a habitar un Ambiente sano y lo mismo aplica para generaciones futuras. La tierra casa, ambiente, contexto, paisaje, patrimonio se torna un bien común a preservar.

Desde la ecología profunda, que reconoce la personería de la Naturaleza, y su último nombre de moda es Gaia. Gaia y su hipótesis, formulada por Lovelock y Margulis, aluden a una Tierra como ente viviente autorregulado. En palabras de Lovelock (1985, p. 6): “la biosfera es una entidad autorregulada con capacidad para mantener la salud de nuestro planeta mediante el control del entorno químico y el físico”. El medio ambiente planetario es homeostático, se autorregula por acción de los vivientes. El nombre propio de la Tierra es una respuesta desde la ciencia y el derecho por resguardar su integridad. La propia Lynn Margulis (2002) hizo público el lamento frente a la personificación de Gaia, puesto que no es un organismo único, sino una serie de ecosistemas en interacción. Pero, para otorgarle derechos a los animales no humanos y a la Tierra se los tornó persona, se los invitó a la gran mascarada. Junto con su máscara se armaron de derechos y adquirieron un nombre. El nombre propio, a diferencia del común, se escribe con mayúscula, o al menos eso nos han enseñado en la escuela. Desde la filosofía canónica eurocentrada se retoman los discursos científicos y jurídicos para pensar el nombre de la Tierra para intentar salir del dualismo moderno que la separa de lo humano.

Gaia es lo que intrusión sin permiso del Humano, nos dice Stengers (2017). Lo que nombramos es justamente su intrusión, su trascendencia. No es tranquilizadora, sino temible. No está amenazada sino que amenaza sin esperar respuesta humana alguna. En su propuesta cosmopolítica nos habla de un Cosmos que nada tiene que ver con Kant ni con la antigüedad clásica, tampoco con el Cosmos de von Humbolt. Es un cosmos multiespecífico divergente, no un lugar común. “Podría decirse que el cosmos es un operador de igualdad, a condición de disociar radicalmente igualdad de equivalencia, lo que implica una medida común, y que también implica la intercambiabilidad de las posiciones” (2014, p. 21). Pero ¿por qué querríamos extender los muros de la polis a la tierra toda?, ¿por qué nombrar a la tierra como una urbe expandida? Se intuye que por la falsa seguridad que brinda el muro y porque el nombre propio está sobrevalorado. Pero



¿alcanza con resignificar metáforas gastadas? ¿Podremos devenir idiotas empleando la mayúscula? ¿Acaso su murmullo no exige una ralentización para poder responder?

Gaia es la respuesta a la mutación planetaria, nos dice Latour (2017). Una mutación que no puede ser tachada de crisis porque no se trata de algo pasajero. Gaia responde a una unidad nominal, se escribe con mayúscula y se identifica con el Mundo. Gaia es importante, no como el polvo. Gaia es imponente, no como el humus. Gaia es persona, no como el barro. Latour le da un nombre propio a la Naturaleza para identificarla con el Mundo. Un Mundo que es atópico, como también sugiere Stengers pero, sin embargo, Agente. “(...) Pongamos una mayúscula en Naturaleza para recordar que se trata de una suerte de nombre propio, de una figura cosmológica (...)” (Latour, 2017, p. 53). La Tierra, para él, es la termita y el termitero, donde no existe tal cosa como un ambiente inerte. Por eso necesita un nombre para decir que en la Tierra todo está vivo. Ese nombre es propio, esa Tierra con mayúscula es Gaia. Podríamos aventurarnos a pensar ¿qué tipo de política se desprende de Gaia? Según Latour y Stengers, el arte de la diplomacia. Pero ¿cómo conciliar el diplomático con el idiota, la trascendencia con la inmanencia, la propiedad con el anonadamiento?

Terrapolis es la versión de Haraway (2019) para alejarse de un mundo singular y global y, a su vez, exclusivo del humano. Su pila de compost caliente multiespecies es un refugio en las ruinas capitalistas. Su humano-humus, un amparo del Anthropos. La simbiosis que retoma del pensamiento de Margulis, un oasis frente al solipsismo del individuo moderno. Sin embargo, no se contenta solo con el compost entretelado en donde vivimos y morimos emparentados con miríadas de bichos, sino que termina nombrando esas configuraciones y juegos de cuerdas como Terrapolis, con mayúscula. Si “Terrapolis es abierta mundana, indeterminada y politemporal”, “es una quimera de materiales, lenguajes e historias”, “es el juego mismo de la respons-habilidad” (p. 33), ¿no puede, entonces, prescindir de un nombre propio?

El idiota en Stengers, la descomposición en Latour y el compost en Haraway pierden fuerza en el nombre propio e identitario de Gaia y de Terrapolis. No podemos salir del dualismo situando a la Tierra en el polo de lo humano otorgándole un nombre superlativo. ¿Cómo dejar, entonces, de ser eso que nunca fuimos: modernos?

La tierra con minúscula



La tierra no es solo la esfera en toda su extensión,
sino también, y sobre todo,
la modesta tierra que tenemos debajo de los pies,
los vientos que soplan y las aguas que nos atraviesan.
(David Abram, 2021).

Desde el centro nos llegan nombres rimbombantes de la tierra que de la tierra nada nos dicen, que solo logran rozar su carácter territorial. Pero desde el margen emergen otros discursos, otras formas de nombrar, otras maneras de habitar. Cualquier nombre no da igual, porque como dice val flores (2019, p. 44) “las políticas de conocimiento son disputas por las palabras, por modos de escribir que son modos de pensar. Intervenir en las prácticas del lenguaje es afectar la forma en que se organiza el poder”.

Los feminismos y ecofeminismos expresan su amor por la minúscula y por los minúsculos, aquellos minorizados, los nadies de Galeano. La feminista bell hooks se nombra con minúscula desafiando al canon hegemónico de la lengua, lo mismo que val flores en su lucha contra las instituciones. ¿Por qué los nombres propios se escriben con mayúscula? ¿Qué nos brinda la mayúscula más allá de una jerarquía de los nombres?

¿Qué amabilidad esconden las lenguas que carecen de mayúsculas? ¿Y las que carecen de escritura? pachamama y abya yala son nombres que nos vienen de lenguas ágrafas, de oralidades que sintonizan con las vibraciones terrestres. La mayúscula les viene dada de las lingüísticas misioneras e imperiales. La mayúscula es una imposición de la cruz y la corona. Es un imperativo de grandilocuencia de Occidente, que dicho sea de paso, comparte raíz con: accidente, caída, caduco y decadencia. La Real Academia Española exige la mayúscula, pero la pachamama ha de permanecer insurrecta. Porque si hay algo cierto, es que en abya yala jamás fuimos modernos.

El *minus* latino indica lo pequeño, lo de menor rango. *Maior* es el mayor. A la mayúscula se la llama también letra capital y capital viene etimológicamente de la cabeza. La cabeza en occidente es lo primero, lo importante, el centro que centraliza. La letra Capital, la ciudad Capital, la pena Capital, el Capitolio y el Capital, es todo lo que importa. Frente a este escenario, la opción por la minúscula es un corrimiento del centro, un federalismo onomástico, una afable decapitación. Quizás Mancuso (2021, p. 61) tenga razón y el cerebro no sea más que una desventaja involutiva. En cambio, las plantas hacen red “(...) al servirse tan solo de modelos organizativos difusos,



descentralizados y repetitivos, se ha librado para siempre de problemas como la fragilidad, la burocracia, la distancia, la parálisis o la ineficacia, típicos de la organización jerárquica o centralizada de la naturaleza animal”. La minúscula sigue la lógica vegetal en donde las funciones están distribuidas, en donde predomina una descentralización de las lenguas, de los cuerpos y de las relaciones.

La ecofeminista Ivone Gebara (2000) poetiza sobre el humus, lo finito y lo mortal. Apuesta por la minúscula para hablar de la naturaleza como símbolo de respeto por la diversidad. “La opción por el tratamiento de la naturaleza prescindiendo de la letra inicial en mayúscula se puede leer como una apertura a la multiplicidad de modos de existencia y como la resistencia a la sacralización, divinización y personalización de la tierra” (Alvarez, 2021, p. 57). No hay un nodo de la red que se anteponga a otro. La trama inconsútil de la vida se entreteje sin centro y sin amos. La tierra es el cuerpo, pues nada queda fuera del cuerpo.

El cuerpo es mi carne, mi sexo, mi trabajo,
mi ciudad, mi país, mi mundo, mi tierra,
mi planeta, mi galaxia. (Gebara, 2002, p. 106).

La tierra con minúscula es el polvo que la lógica higienista nos obliga a enjuagar de nuestras manos. Es el humus anónimo en donde se entrelazan las existencias. “Somos polvo y al polvo volvemos creativamente, humildemente, mezclándonos con el humus, la tierra de nuestro cuerpo mayor” (Gebara, 2022, p. 60-61). La minúscula nos corre del centro, o quizás instala tantos centros como existentes posibles. Llamar a la tierra con minúscula es un recordatorio de nuestra contingencia, de nuestra inmanencia, de nuestra interconexión. Es la apertura a la potencia poética de plantar desconceptos, de salirnos de las lógicas racionales e informacionales. “Cuidar la vida menuda agudiza la percepción de la presencia y la necesidad absoluta que tenemos unos/as de otros/as.” (Gebara, 2020, p. 27).

Eduardo Kohn, en diálogo con los runa (kichwa) de la amazonía ecuatoriana, coincide en este punto al pensar a partir de la conceptualización de lo vivo siempre plural. Pero para eso tenemos que recuperar el arte de la escucha, la conexión con los sueños, la apertura cósmica. El mundo ya no es mayúsculo, “se llama “bosque” en español, *sacha* en kichwa, *naku* en el idioma sapara.”(2021, XIV)



Davi Kopenawa y Bruce Albert nos hablan de la naturaleza como tierra-floresta, como *urihi a*. no es un suelo muerto, como creen los blancos, sino que contiene un aliento vital, *wixia*. La tierra-floresta con minúscula no remite a un suelo inmutable, ni a un mundo todo. Es antes un territorio transportable, itinerante y local.

Para los yanomami, *urihi a* la “tierra-floresta” no es en absoluto un espacio fuera de la sociedad, un escenario mudo e inerte de las actividades humanas y un simple espacio de recursos cuyo dominio se debería controlar. (...) Al igual que los humanos, la “tierra-floresta” sufre y siente dolor cuando se talan sus árboles. Muere cuando es incendiada, dando paso a una tierra seca y caliente, donde se instala *Ohinari a*, el espíritu del hambre (Albert; Kopenawa, 2023, p. 48-49).

La naturaleza con minúscula es ese río, ese niño, ese plástico, ese ancestro, ese bosque. Ailton Krenak también apuesta por la minúscula con su florestanía, otro modo de ciudadanía que se cuele rebelde por los intersticios de la vida. Sinuosa e irreverente como maleza que no conoce las normas del cemento. Confluencia de naturalezas y culturas, de selvas y urbes. La floresta también es ciudadana trascendiendo el lugar de ambiente o paisaje. Más allá del capitalismo y la propiedad privada, más allá de los muros de la polis, se abre una política-poética de la fruición, la danza, la memoria, la ancestralidad, la imaginación y los sueños.

La minúscula no me vuelve minúscula, me recuerda mi minusculas, mi contingencia. Minúscula me recuerdo remembrada en interdependencia con la tierra. “Se trata de sentir la vida en los otros seres, en un árbol, en una montaña, en un pez.” (Krenak, 2024, p. 107). Sin universalizar y sin simplificar a la tierra, la minúscula la singulariza, la socializa, la localiza. Le devuelve el anonimato que está del lado del bien, la corre del lado del derecho para acercarla a la justicia. “La Justicia, compañera de las divinidades del otro mundo, ordena ese exceso de amor. Ningún derecho lo ordenaría. El derecho no tiene vínculo directo con el amor.” (Weil, 2000, p. 89). La justicia no se puede encarnar en ley alguna y el nombre no le hace justicia a ningún cuerpo.

Según la ortografía de la lengua española, los nombres propios se escriben con mayúscula inicial, cuya función es diacrítica y distintiva, es decir, distingue entre diversos sentidos de la misma palabra (García Negroni, 2011). Los nombres de personas, animales o cosas singularizadas, los apellidos, las dinastías, los topónimos, los astros... Tierra se escribe con mayúscula cuando refiere al planeta, pero con minúscula en los demás casos. “Esta tierra es muy fértil.” “Siempre quiso



volver a su tierra natal.” “Los muebles tienen mucha tierra” (García Negroni, 2011, p. 152). Queda claro que la tierra-humus, el terruño natal y la tierra-polvo no son personas, su subjetividad no llega a coagular y, por tanto, no merecen la distinción de la letra capital. Pero ¿qué o quién la merece?, ¿qué amerita destacar por sobre lo demás? La Tierra-Planeta-Gaia no es más o mejor que la polvareda, que las partículas de una arcilla cualquiera, que los granos incontables de la arena.

La minúscula nos introduce en una práctica del desvío, es una pequeña diferencia que nos permite contar otras historias, cantar otras canciones. Nos corre de la figura del Héroe-Humano al rescate de su Tierra-Damisela en peligro. Es un cambio de sensibilidad frente a tanta conciencia. Es la posibilidad de imaginar otras formas de relación. La mayúscula quedará reservada para la ironía. Ese es su único uso posible. Si un nombre propio escrito en minúscula es una falta de ortografía, faltarle a la recta grafía es bastarle a la tierra. La tierra no tiene nombre propio porque no es propietaria. El nombre de la tierra no es un nombre propio, es, en todo caso, un nombre común. Corpóreo antes que corporativo. Comunitario antes que inmunitario. La tierra no tiene nombre porque tampoco tiene dueño y de tenerlo permanecerá oculto. Podemos tomar apodos prestados pero sin olvidar que esas letras no son el compost. Contra el lenguaje como representación identitaria se abre un nomadismo telúrico anónimo. La tierra siempre nómada nunca será el territorio.

Un nombre desconocido

El nombre que puede nombrarse
no es el nombre permanente.
(Lao Tse)

Las concepciones ecofeministas, nuestroamericanas y amerindias de la tierra difieren de las concepciones occidentales eurocentradas. Desde el norte nos vienen a decir lo que desde aquí siempre supimos: que la tierra no nos pertenece y que no es ajena a la condición humana. Somos tierra. Valoramos sus aportes teóricos, sin ignorar que su gramática imperial y su ortografía académica y real encorsetan las lenguas y las formas de subjetivación y de sociabilidad.



La mayúscula del nombre propio es solo un ejemplo. Necesitamos un cuarto propio, pero no un nombre propio. La sacralidad de la vida no depende ni de lo propio ni de su propiedad. Salir de la lógica del sujeto y del objeto es terminar con la lógica de la propiedad. Es dejar de hablar y vestir con propiedad, es renunciar a la propiedad privada, es mirar a los existentes no por sus propiedades sino en su mismidad. De la minúscula y el nombre común se desprende otra política, otra poética y, por consiguiente, otras formas de concebir la educación ambiental.

No conocemos el nombre de la tierra. La personificamos para acercarnos a ella, como puerta de entrada antropomórfica que luego hemos de cerrar olvidando su rastro. Entrar por la semejanza y perderse en la diferencia, en la heterogeneidad singular de lo existente. Es un nombrar-con que no depende de una educación ilustrada sino de una educación sensible y experiencial que nos permita prestar atención, que nos invite a escuchar y a preservar el misterio.

No conocemos el nombre de la tierra. Todo ha de nombrarse o con mayúscula o con minúscula, si distinguimos, habrá altos y medianos, eminentes e irrelevantes. Si todos son privilegiados, nadie lo será. Por eso, la minúscula es el camino no para homogeneizar la riqueza de la diversidad, sino para unificar esas singularidades, irreductibles a la lógica de lo igual.

No conocemos el nombre de la tierra. La apodamos representativamente sin llegar a adueñarnos nunca de su presencia. Este pequeño desvío puede conducir a transformaciones silenciosas. Nos servimos de nombres diaspóricos para no definirla, encasillarla, purificarla y matarla. Sin importar palabra que sea, lo que realmente importa, es que sea minúscula como una mota de polvo.

Bibliografía

ABRAM, David. **Devenir animal**: una cosmología terrestre, Buenos Aires: Sigilo, 2021.

AGUSTÍN, De Trinitate. **Obras Completas**. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956.

ALVAREZ, Daniela Elisa. **Espiritualidad Ecofeminista Latinoamericana**. Una lectura onto-política. [Tesis], Mestrado em Ciências Religiosas, Repositorio Institucional de la Universidad de la Laguna, España, 2021.

ALBERT, Bruce; KOPENAWA, Davi. **El espíritu de la floresta**. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2023.

ARISTÓTELES, **Física, Libros I-II**, Buenos Aires: Biblos, 1993.



Flores, Valeria. **Pedagogía queer: un asalto a la normalidad desde una lengua de las minúsculas**, en **Escritos heréticos**. 25 de noviembre de 2021. <https://escritoshereticos.blogspot.com/2021/11/pedagogia-queer-un-asalto-la-normalidad.html>

flores, Valeria. **Una lengua cosida de relámpagos**. Buenos Aires: Hekht, 2019.

FRANCISCO. **Laudato si: Sobre el cuidado de la casa común**. Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina Oficina del Libro, 2015.

GARCÍA Negroni, María Marta. **Escribir en español claves para una corrección de estilo**. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2011.

GEBARA, Ivone. **Ensayo de antropología filosófica. El arte de mezclar conceptos y plantar desconceptos**. Navarra: Verbo Divino, 2020.

GEBARA, Ivone. **Intuiciones ecofeministas**. Madrid: Trotta, 2000.

GEBARA, Ivone. **La sed de sentido**. Búsquedas ecofeministas en prosa poética. Madrid: Doble Clic Editoras, 2002.

GEBARA, Ivone. **La vejez que yo habito**. Madrid: Doble clic editoras, 2022.

HARAWAY, Donna. **Seguir con el problema**. Generar parentesco en el Chthuluceno. Bilbao: Consonni, 2019.

KOHN, Eduardo. **Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano**. Buenos Aires: Hekht, 2021.

KRENAK, Ailton. **Futuro ancestral**. Buenos Aires: Taurus, 2024.

LAO TSE. **Tao Te Ching. Los libros del Tao**. Madrid: Trotta, 2012.

LATOUR, Bruno. **Cara a cara con el planeta**. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2017.

LATOUR, Bruno. **¿Dónde estoy?** Una guía para habitar el planeta. Buenos Aires: Taurus, 2022.

LOVELOCK, James. **Gaia, una nueva visión de la vida sobre la tierra**. Barcelona: Orbis, 1985.

MANCUSO, Stefano. **La nación de las plantas**. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021.



MARGULIS, Lynn. **Planeta simbiótico. Un nuevo punto de vista sobre la evolución.** Madrid: Debate, 2002.

STENGERS, Isabelle. **En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene.** Buenos Aires: Futuro Anterior. 2017.

STENGERS, Isabelle. La propuesta cosmopolítica. **Revista Pléyade** 14, p. 17-41, 2014.

THOMAS, Yan. **Los artificios de las instituciones.** Estudios del derecho romano, Buenos Aires: Eudeba, 1999.

WEIL, Simone. La persona y lo sagrado. **Revista Archipiélago**, Barcelona, n. 43, p. 79-100, 2000.

Recebido em: 15/09/2024

Aceito em: 15/11/2024

[1] Universidad del Salvador (Argentina). Email: daniela.alvarez@usal.edu.ar.